

El mundo propio es el espacio donde se paralizan las viejas sensaciones en una argamasa sentimental que nos transporta al recuerdo, el sabor agrio disfrazado de paz familiar, de reposo; la cita de los viejos horrores paralizados entre el cariño, un tanto el apego a los objetos que constituyeron los barrotes de nuestra protegida prisión. Tras de la vida, el arte, que no se explica sino como movimiento de matices profundos de nuestra personalidad. Un solo movimiento, la fluidez a través de su conciencia de permanencia.

La pintura limita con el mundo real aún a través de la pared, encuentra la ventana, ubica un sueño relacionado con el metal, la madera o los vegetales. La contemplación vicia de densidad los lugares desocupados.

CRISTINA NAVARRO, desdobra a esferas el contraste del sol en la calle, la casa y el cielo, el gato y el pájaro, la flexibilidad de los cojines y el acento arrullador del aire. Lo cercano y el aire por aspiración, los tejados como últimos puertos. Su lucha por salvar el día del aburrimiento, reconstruir sobre cenizas la rabia, derrota, fases sin meta.

Por el camino de la lírica, su obra se abre a relatos calmos, lugares comunes, la ficción de nuestra propiedad de cuarto de aseo; la atmósfera, los rasgos que creemos monopolizar y son fruto del entorno, nos producen y a los que aislamos como formas perennes u horizontales originales.

He viajado por las salinas y la cal, el sol trenzando olas en el techo, azoteas desplegadas como gaviotas, los delfines, las sirenas, el sol y el agobio de sentirse desposeída, anclada. Son tantas visiones cerradas en los ojos y no es fácil despejar su señal de anécdotas nacidas por un solo pulso.

Teme la sombra rara de la luna, al murmullo; esconde la sensibilidad entre formas antropomórficas como si robara una rebelación, le duele algo tan sin sentido, le duele la especie; canaliza su acento de mujer, lo evoca: ¿es esto, han hecho esto, es así, y yo debo de sentirlo?, entonces ríe y rehuye sopesar el conjunto apagado de un niño o el acta desdoblada de una flor. Un puñado de soledad.